

LOS ÁMBITOS RACIONALES Y EMOTIVOS AFINES A LA INTERACCIÓN COMUNICATIVA: Análisis crítico desde la teoría sociológica para las actuales formas de interacción social

Claudio Valderrama Contreras¹

Resumen

Las dinámicas corrientes de la interacción en la sociedad global están fuertemente influenciadas por las formas de comunicación que toman estos intercambios. La génesis de cualquier interacción implica dos factores que se alimenta el uno al otro en el proceso de comunicación. Éstos son la racionalidad de la emisión y la expresividad del mismo.

La interacción comunicativa es un esfuerzo conceptual de conseguir el entendimiento dual de la racionalidad y la emoción de los sujetos comunicantes. Mediante el análisis cuidadoso de ambos componentes es posible caracterizar los diversos campos sociales del conocimiento donde el sujeto se encuentra inserto y determinar si las interacciones que prevalecen son interacciones comunicativas parciales (donde prima el componente racional sobre el emotivo) o interacciones comunicativas plenas (donde la emoción y la racionalidad se alimentan el uno al otro).

Así, en un mundo cada vez más caracterizado por la complejidad, y donde las áreas de interacción de los sujetos se encuentran cada vez más expuestas al desarraigo estructural y cultural, el presente artículo propone artefactos conceptuales inspirados en la teoría sociológica para ayudar a explicar y entender estos cambios de la sociedad global. Por ejemplo, el análisis de una lengua marginal como el COA, o el escrutinio de la proliferación de nuevas formas de interacción en el campo de medicina, pueden servir como un guía para entender como las formas corrientes de la interacción social asumen sentidos diferentes según las formas de explicación de la interacción comunicativa de la que se trate.

PALABRAS CLAVE: INTERACCIÓN, COMUNICACIÓN, ACCIÓN RACIONAL

1. Contexto teórico y sociocultural donde se inserta la interacción comunicativa.

La racionalidad nos lleva por el camino de la fundamentación y explicación del mundo de las cosas. A través de ella el ser humano se nutre de los estímulos cognoscitivos para analizar la realidad social. Sin la razón y la capacidad de expresarla, la vida sistémica se convertiría en un caos. Por medio de la racionalidad el hombre, desde los comienzos de la Civilización Occidental, ha proclamado al pensamiento y su capacidad de descripción del mundo como único soporte del progreso.

¹ Sociólogo.

En la antigua Grecia, este se convirtió en la más sublime forma de abordar el mundo; la filosofía se convirtió en la forma más acabada de describir el Universo. Sócrates, Platón y Aristóteles tienen algo en común, su espíritu crítico de lo que los rodeaba. En la Edad Media, el pensamiento con la invasión del Cristianismo se transformó en dogma, como única forma de contemplar el Universo (hombre), y con la consolidación de los sistemas religiosos totales, contribuyeron a la hegemonía del pensamiento con su connotación mística del Universo. En cambio, el Renacimiento, posibilitó el resurgimiento de las ideas antiguas; se crea un nuevo concepto de conocimiento de la realidad, y que en última instancia significó la apertura cognitiva del hombre en su búsqueda de nuevas dimensiones del pensamiento.

Con la entrada en la Modernidad del ámbito discursivo racional, la forma de asumir el relato moderno se especifica aún más por medio de la razón. Es por este motivo, que el discurso racional entra en una etapa de constante evolución y de crisis impulsada por medio de la emergencia de nuevos paradigmas implantados fuera del quehacer de la Ciencia. Ya el discurso de la modernidad aparentemente desaparece como un todo (a excepción de Habermas), y se empieza a hablar de posmodernidad. Lo que en el ámbito de lo social (Sociología, Antropología), se vuelve una constante temática de discusión.

Con el relato posmoderno, las Ciencias del “espíritu” proliferan en gran medida, dejando fuera de este ámbito a las Ciencias “mentales” (psicología y psiquiatría), puesto que su discurso se remite a la realidad subjetiva del actor, la cual se vuelve una temática olvidada y superada por los teóricos posmodernos. Ya el discurso hablado de estas ciencias o formas de encarar la explicación humana no ayuda a integrar la realidad social.

En el discurso posmoderno, que para los defensores de la modernidad entra en conflicto con la herencia inconclusa de la Ilustración, las formas comunicativas y de integración social, nos trasladan a esferas de conocimiento que escapan a lo meramente hablado (lenguaje), en donde las maneras de criticar remiten a lo inconsciente, a la sin razón, a lo no medible estadísticamente.

De esta manera, en el discurso posmoderno, salen a relucir, como manifestaciones del mismo proceso, a nuestro juicio, sólo sus consecuencias discursivas, como son una nueva forma de encarar el quehacer humano, que se manifiesta fundamentalmente en los diferentes campos sociales del saber. Ya las leyes o el derecho, o la forma de regular la conducta humana no están condicionados por la norma escrita, sino por el discurso hablado, pero no político sino comunicativo.

El quehacer societal se transforma, se remite a la realización de tareas “prácticas”, donde la Ciencia es un complemento, una ayuda, pero no de transformación, sino de complementación discursiva (recuérdese a Lyotard cuando decía que el conocimiento científico pasa a constituirse en la sociedad posmoderna como un discurso más).

El discurso posmoderno probablemente se relativiza por, entre otras características, las significaciones expresivas asociadas a los textos. Es probable que el relato discursivo posmoderno se base fundamentalmente en aspectos de significación transitoria que están aparejados en el contenido de los textos, puesto que su real dimensión textual llama al “quiebre discursivo”, transformando el proceso comunicativo en una suerte de lucha constante por imponer y legitimar la “verdad” de los argumentos desarrollados en los diferentes campos del saber afines a esas ideas.

A pesar de esta opción conceptual, la posmodernidad, que significa ruptura de los moldes tradicionales de observación, también probablemente trajo como consecuencia la reminiscencia de lo simbólico.

Con el desarrollo de los medios de comunicación de masas, ya el poder no significa el sometimiento de las ideas a las influencias retóricas, sino que por intermedio de la “imagen virtual”,

esta manifestación se comienza a plasmar para el hombre como una forma de significación, que antecede a la argumentación racional.

Por este mismo hecho, el discurso posmoderno ya no se remite a lo meramente conceptual de las cosas, sino que a su representación. Ya la racionalidad social, hija de la modernidad y la Ilustración, quedaría sometida al arbitrio de la representación simbólica de la realidad. La forma de hacer política, economía, derecho y arte, necesariamente sin su expresividad virtual y mediática, pasan a constituirse en sólo artefactos sociales carentes de legitimidad. Su reconocimiento social pasa por la "forma" del engranaje, por lo que representa simbólicamente.

Es probable que el contenido manifiesto de estas áreas o campos del saber se reconozcan por lo que simbolizan o representan. Ya el contenido de las tareas institucionalizadas de estos campos sociales se acota a la figura de sus imágenes virtuales y representadas, no implicando que exista necesariamente una consistencia interna entre forma y contenido de las tareas de dichos campos, y si existe aquella asimilación entre estos factores, la imagen virtual y mediática sobrepasa al contenido de esas imágenes, dejando que aparentemente este contenido se refleje en la representación de aquellas imágenes.

Este proceso semántico se expresa empíricamente en la proliferación de discursos, donde los actos de habla dan cuenta de la realidad a modo de "queja" o "aspiración corporativa" de los miembros de los campos sociales, pero una vez emergidos en la realidad social al carecer de consistencia con lo que supuestamente representan, se quedan en sólo discursos sin su necesaria valoración entre la población objetivo que dicen representar.

Este es el problema que probablemente ofrece el discurso posmoderno; la realidad "textual" prima por sobre el contenido de los textos de los campos sociales. Como diría Luhmann, el discurso posmoderno es sólo una fórmula de compromiso que remite a la negatividad de la modernidad.

En este momento, a nuestro juicio, es probable que el discurso de la inconclusa modernidad estaría siendo reemplazado por el discurso de la "imagen" y lo simbólico, cuya significación se encuentra en la "emotividad" representada más que en el contenido manifiesto y latente de los campos sociales del saber. La expresividad del discurso traducida en una cierta emotividad es tan inestable como la razón de ser de todo estado emocional, la transitoriedad.

De ahí, que los discursos posmodernos varíen de un momento a otro, y que el contenido de los mismos sea probablemente tan inestable como los campos sociales que los respaldan.

El discurso posmoderno se ha centrado desde sus orígenes a la representación de grupos humanos minoritarios, tales como las minorías sexuales, feministas, ecologistas, inmigrantes, movimientos anti globalización, grupos que representan a los pueblos originarios, etc. Estos grupos han invadido todos los campos sociales del saber, generando en estos ámbitos discursos orientados a la definición expresiva-emotiva de los actos del habla con los generadores o depositarios de dichos discursos.

Así, encontramos discursos que nos hablan de "discriminación", "desarrollo sustentable", "respeto a los derechos de los ciudadanos", "humanizar el modelo", etc. Conceptos que más que contenidos están organizados con una fuerte calidad de sensibilización, que influye en el accionar de los grupos interesados en plantear sus demandas.

El anclaje o hilo conductor de todos estos discursos probablemente es la emotividad, el ir al aparato sensible de los ciudadanos, y con ello, representar las legítimas aspiraciones de las minorías ante el Estado. Basándose en esta cierta sensibilización se van generando probablemente las destrezas discursivas que influyen en las prácticas sociales, lo que en definitiva genera ciertas

rutinas ad-hoc para el conocimiento que se genera en los campos sociales del saber inundado por estos discursos anti-sistema posmodernos.

Pero, la carga emotiva que aparentemente esta asociado a la temática de los campos del saber también no se condice con una característica primordial de la mal llamada sociedad posmoderna: la cultura del desapego.

Los estados emotivos se caracterizan por su transitoriedad, y que cualquier área del saber que en su trayectoria discursiva se remita a la expresividad emocional de sus contenidos, en la actual sociedad sus fundamentos sería rebasada ya no sólo por la transitoriedad de los estados emocionales, sino también probablemente por estados anímicos de desapego donde los ámbitos de acción se instrumentalizan de acuerdo a objetivos racionalmente perseguidos, haciendo que los sujetos participantes de esos campos interactúen de manera neutral e indiferente hacia el otro.

Prueba de lo anterior, los ejemplos de desapego son variados tales como, la actual forma de establecer relaciones afectivas, la competitividad en el mundo del trabajo, las actuales formas de composición de las relaciones sociales entre los individuos, la instrumentalización de la vida cotidiana, etc. Elementos que en su génesis nos hablan de lo complejo que resulta ser la actual sociedad, donde los sujetos en sus interacciones sociales son cada vez más proclives a actuar de manera cuidadosa y con cautela ante sus semejantes, no dejando que sus emociones los muestren como individuos más débiles y profundamente emotivos.

En este sentido, es probable que la expresividad emanada de los textos tomaría estos principios de interacción propios de la posmodernidad, haciendo que el anclaje entre discurso y realidad social sea fuertemente influenciado por el desapego, y donde las tareas sociales nos remitan a la confección de formas interactivas o rutinas de acción, que evocan a una cierta emotividad perdida por el desarrollo de la técnica humana.

La evocación de la emotividad en los discursos posmodernos refuerza la tesis, de que los ámbitos sociales donde se desarrollan las capacidades cognitivas de los sujetos este condicionada por la neutralidad y la perdida de capacidad de sentir al otro, lo que trae como consecuencia la realización de una racionalización extrema, que influye y condiciona las prácticas sociales.

Pero, es probable que aquella emotividad que se refleja en los textos posmodernos se de en forma latente, solapada o no buscada por los emisores generadores de los discursos. En cierta forma, la emotividad expresada en los textos posmodernos es una consecuencia no esperada, puesto que en el proceso de creación de la realidad textual, la capacidad lógica y racional de los argumentos esgrimidos en los textos está por debajo de las consecuencias expresivas de los mismos.

Ahora, la ruptura o quiebre entre los textos posmodernos y realidad lo da probablemente la transitoriedad emotiva de sus contenidos, aunque la racionalidad intrínseca de los argumentos permanezca incólume.

El contenido manifiesto de los textos posmodernos es racionalmente acabado en cuanto a su mensaje, sólo que su contenido latente evoca aquella emotividad pérdida por la técnica y el desapego estructural de las organizaciones humanas. Y esa expresividad olvidada hace asumir posturas prácticas de choque que de forma inconsciente se transmite en las diferentes posturas políticas y partidistas propio de los defensores de la posmodernidad.

Un ejemplo de este fenómeno es el siguiente: la argumentación racional que se derivan de lo que entendemos por Globalización nos remite a la dualidad anteriormente planteada entre racionalidad-emotividad. Por un lado, los argumentos que critican los procesos de cambio global

experimentados por la sociedad actual se basan en análisis acabados de la realidad mundial. Las posturas contrarias y críticas del modelo capitalista imperante hoy en el mundo son de una lógica argumentativa fuera de toda duda.

En este proceso, contribuyen las posturas teóricas neo-marxistas en las cuales se plantean la necesidad de que independientemente como se den las formas productivas caracterizadas por la plusvalía y el lucro de las grandes corporaciones económicas mundiales, el modelo económico debe estar al servicio de las personas y el fortalecimiento de las actividades sociales que están aparejadas fuera del ámbito de la empresa.

De acuerdo con estas posturas críticas que nos proporcionan esas visiones de la globalización, en la práctica se redundan en formas interactivas acopladas por movimientos sociales de distinta índole ideológica y etnia. Entre estos movimientos las posturas prácticas y de acción varían, y sus diferencias radican fundamentalmente en el sostén argumentativo o a que grupos de sujetos específicos dicen representar.

Ahora, la gama de grupos anti-sistema es tan amplia y compleja, que las formas de acción también varían en intensidad y compromiso. Es probable, que dentro de estos grupos la racionalidad de los argumentos para oponerse a los procesos de globalización sea tan amplia, que en la génesis de estos movimientos si bien es cierto se da una argumentación racional para sus acciones, la atomización que experimentan los sujetos fuera de estos grupos hace que las afirmaciones que justifican su proceder nos remita fundamentalmente al aparato sensible de los ciudadanos, a la creación de una cierta “conciencia social” sobre los problemas propios de la globalización.

Por este motivo, sus posturas van al centro o raíz de los problemas de la generalidad que se encuentra sin una respuesta viable para sus acalladas demandas por el bienestar que el modelo dice representar. Demandas que tienen que ver con la necesidad de sentirse de alguna forma favorecida por el modelo, aspecto que notoriamente no se cumple aunque los defensores del sistema capitalista digan lo contrario.

En este proceso, las luchas de los movimientos sociales anti-sistema en cuanto a su rango de acción están supeditadas a convertirse en canales legítimos de expresión de los ciudadanos sin voz. Esto aunque una mayoría de ciudadanos se encuentra sometida al sistema, pero que en el fondo de sus aspiraciones se sienten identificados con aquellos que hablan por ellos. El aparato discursivo de estos grupos sociales se remite fundamentalmente a generar conciencia en la masa obediente del sistema, y que de una forma ciertamente emotiva trata de influir en la masa atomizada por el modelo. De esta forma, la argumentación racional de las posturas de los movimientos sociales anti-globalización encuentra su razón de ser en la generación de simpatías o antipatías ante sus demandas.

Elementos interactivos que nos remiten probablemente a la sensibilización emotiva que están presentes en los discursos de estos grupos. Una muestra de la particular forma de interacción emotiva de los grupos anti-globalización lo demuestra las distintas formas de protesta callejeras, donde encontramos maneras extremas de violencia y desorden, y ¿cómo no considerar a la violencia como una expresión de sensibilidad extrema?, o ¿no es acaso la violencia pública una expresión más del desborde expresivo-emotivo que se encuentran en los grupos sociales postergados por el modelo capitalista?

2. La evolución de la racionalidad y la expresividad en la historia de las humanidades: un análisis de la transitoriedad de los estados emotivos

La racionalidad y la expresividad traducida a estados emocionales diversos son términos equipolentes, es decir, son conceptos que se retroalimentan mutuamente en el devenir comunicativo. Pero ¿cómo ha sido la evolución de estos conceptos en el transcurso de la historia humana? Para una mayor especificidad empezaremos por la racionalidad.

La Ilustración es hija de la Modernidad, y ésta es substancial a la razón. Por intermedio de la razón el hombre moderno se abre camino a la emancipación respecto de las arcaicas dependencias.

Antiguamente fue la religión la entidad que totaliza el pensamiento, la cual con la entrada en la Modernidad se hizo añicos. De ahí que Hegel y sus discípulos hubieran de poner a la dialéctica de la Ilustración y hacer valer a la razón como equivalente al poder unificante de la religión.

Quizás esto mismo llevo a Kant a formular el concepto de autorreflexión hacia alturas nunca vistas. De esta manera, la relación del sujeto representador consigo mismo se convierte en el único fundamento de cualquier certeza. Ya Dreyfus Rabinow sobre esto mismo plantea: “*La Modernidad se inicia con la increíble y, en último análisis, inviable idea de un ser que es soberano precisamente por ser esclavo, un ser cuya misma plenitud le permite ocupar el lugar de Dios*” (Habermas, 1990: 312-313).

Precisamente el ser esclavo de la razón, como plantea Rabinow, hizo nacer cuestionamientos a las posturas de lo inconmensurable de la consciencia moderna. Ya muy entrado el siglo XVIII surge una nueva corriente de filósofos que empiezan a cuestionar la supremacía de la razón en las formas explicativas del Universo humano. También estas corrientes de pensamiento se tradujeron en cambios de paradigmas en otras áreas del saber, como el arte del Romanticismo (léase a autores como Novalis y Cruezer).

Ahora bien, el representante más sobresaliente de esta corriente crítica de las posturas modernas fue Nietzsche, siendo su pensamiento la plataforma giratoria que da paso a la posmodernidad.

Nietzsche plantea que la supremacía de la consciencia moderna no alcanza para explicar los procesos de cambios experimentados en los diferentes campos del saber. Con la creación de una “Nueva Mitología” que reemplaza las arcaicas formas de explicar el quehacer humano. El surgimiento e interés por las formas clásicas por la consciencia moderna ya no bastaban para refundarlas, eran demasiadas racionales.

De esta forma, la razón centrada en el sujeto queda confrontada con lo absolutamente “otro” de la razón, con los procesos de desenmascaramiento del lado oculto de la razón. Nietzsche vio una nueva etapa en la evolución del pensamiento. Así, la subjetividad descentrada, liberada de todas las limitaciones del conocimiento, la actividad racional con arreglo a fines, de todos los imperativos de la moral, sería superada en la nueva etapa del hombre posmoderno.

Esto explica porque Nietzsche dio importancia crucial al desarrollo de la consciencia que suleva lo establecido por la costumbre racional de la Modernidad, que en el autor se manifiesta por el interés por lo dionisiaco, es decir, el Dios de la locura en la antigua mitología griega. Declara a Dionisios filósofo, y a sí mismo último discípulo e iniciado de este Dios filosofante.

Nietzsche recuerda la referencia de Schopenhauer a lo dionisiaco como aquel “*elemento inhumano que se apodera del hombre cuando súbitamente se le hunde el suelo de las formas cognoscitivas de los fenómenos, y el principio de la razón suficiente... parece sufrir una excepción. Cuando a este elemento inhumano añadimos el deleite del éxtasis que al hundirse el principio de individuación (heredera de la Modernidad) surge del fondo más profundo del hombre, del pasado*

más profundo de la naturaleza, es cuando vislumbramos la esencia de lo dionisiaco” (referencia hecha por Habermas, 1990: 28).

Posteriormente con el desarrollo que experimentaron las formas reflexivas en el campo de las humanidades, las posturas críticas hacia la razón se agudizaron aún más.

En el siglo XX nos encontramos con autores como Heidegger. Este sintetiza los planteamientos sobre una crítica a la metafísica, y con ello a todas las formas cognoscitivas convencionales heredadas de la Modernidad.

En un sentido similar, pero en otro contexto teórico (el posestructuralismo), encontramos la aguda crítica de Foucault, donde a través de un estudio detallado de las estructuras sociales detecta como la razón especulativa ha generado formas y prácticas sociales marcadamente hegemónicas y lineales, no dejando que las otras manifestaciones de la razón afloran en la realidad humana.

Prueba de lo anterior, es el estudio de la *Locura y sinrazón*. Aquí Foucault describe como a partir del siglo XVIII se constituye el fenómeno de la locura como enfermedad mental, generando de este modo un conjunto de especialidades centradas en definir que es lo normal en una sociedad. De esta forma se formarían discursos donde se trata de estudiar y analizar el comportamiento disfuncional de los sujetos especificando los ámbitos de acción en que se sitúan los individuos.

Más tarde en *Vigilar y Castigar*, el autor profundiza en estos aspectos proyectando el rango de acción a otras esferas de acción humana como son la realidad que deben enfrentar los criminales. Aquí, a través de un análisis minucioso de la arquitectura de las cárceles (el panóptico), Foucault descubre que las formas de castigo están estrechamente ligadas con la creación de nuevas tecnologías de dominación, para la cual las diferentes ciencias humanas ayudan a identificar y especificar en esas tecnologías de poder.

Con su análisis Foucault advierte como la modernidad intenta expulsar lo heterogéneo por una razón monológica, y donde el rango de acción de los individuos este cuidadosamente establecido por las estructuras de poder. De esta manera, Foucault a partir de un concepto absolutamente asociológico de lo social cree que los ámbitos de acción de los sujetos tales como los fallos judiciales, las medidas policiales, los preceptos pedagógicos, los internamientos, la disciplina, los controles, las formas de entrenamiento corporal e intelectual, constituyen ejemplos de la intervención de las fuerzas socializadoras monológicas de la razón, que de una manera estructurada y ordenada se incorporan a los organismos sociales y no sociales para predisponer las formas de interacción entre los individuos.

En este proceso de construcción y deconstrucción de la razón podemos encontrar la génesis de la cultura del desapego en la actual sociedad global.

En la medida que los comportamientos que escapan de lo establecido por los cánones de la razón, y que producto de los cuestionamientos heredados de los teóricos co-fundadores de la posmodernidad, hacen que en la actualidad los ámbitos discursivos donde se manifiestan los otros aspectos de la razón se reformule una nueva concepción expresiva de los procesos interactivos, centrada en la búsqueda de nuevas experiencias sensibles que estén más allá de la razón, y cuyo imperativo práctico conduzca al hombre actual hacia nuevos caminos de exploración cognoscitivos.

Sin embargo, esta tarea titánica de la posmodernidad ha conducido a la sobrevaloración de los otros aspectos de la razón, en donde ya no basta con explicar y justificar lo que se aparta de lo normal o establecido, sino también el innegable esfuerzo de generar una nueva forma de interacción expresiva-emotiva entre los sujetos, que muchas veces ha influido probablemente negativamente en lo que precisamente intenta comprender y explicarse el hombre posmoderno, que no es otra cosa que el sentido de sus vidas.

La experiencia de entender y analizar la sinrazón ha conducido probablemente a los sujetos de la actualidad a canalizar sus aspiraciones comunicativas en ámbitos aparentemente importantes y profundos, pero que en el sustrato de sus intenciones últimas sus actos llevan aparejados la inevitable superficialidad de lo que intentan canalizar.

De esta manera, los comportamientos actuales se fundan en la ligereza en que se tratan los acontecimientos sociales, y esta misma liviandad interactiva, y por las actuales formas de convivencia donde prima la competencia, hacen que la realidad se construya sobre la base de instantes momentáneos donde los estados anímicos se dan de forma pasajera y poco substancial de acuerdo a la complejidad en que vive el hombre posmoderno.

Como plantea Habermas siguiendo a Nietzsche en su descripción de lo dionisiaco: *“...sólo cuando se vienen abajo las categorías del hacer y del pensar tejidos por el intelecto, cuando caen las normas de la vida cotidiana, cuando se desmoronan las ilusiones de la normalidad en que uno ha crecido; sólo entonces se abre el mundo de lo imprevisible, de lo absolutamente sorprendente, el ámbito de la apariencia estética que ni oculta ni manifiesta, que no es fenómeno ni esencia, sino que no es más que superficie”* (Habermas, 1990: 121)

Ahora nos corresponde visualizar desde la ciencia social lo más relevante sobre la expresividad traducida en estados emotivos.

La emoción se presenta como una “novedad” irreductible con respecto a otros fenómenos tales como, la atención, la memoria, la percepción, etcétera. Para la psicología las emociones son parte constitutiva del hombre, puesto que la experiencia se la enseña. Los estados emotivos para esta ciencia es, ante todo, por principio un “accidente”.

Para la ciencia psicológica su preocupación fundamental son los hechos, los cuales se han agrupado por sí mismos ante la mirada del observador analítico. En este sentido, las posturas críticas sobre las consideraciones que la psicología le atribuye a las emociones encuentra eco en la postura de Jean Paul Sartre, quien define el rango de atención de esta ciencia en la búsqueda de situaciones “emocionantes” o el orientarse en su accionar hacia sujetos particularmente emotivos que le ofrece las distintas patologías existentes. De este modo, el psicólogo aísla y clasifica las reacciones corporales, las conductas y los estados de conciencia propiamente dichos. Las emociones serían un estado más de las tantas manifestaciones humanas².

Sin embargo, para la fenomenología las emociones no se consideran como un accidente, sino como entidades que forman parte de la conciencia. La realidad-humana no es una suma de hechos, que actúan independientemente del sujeto y fuera de este. La emoción es la realidad-humana que se asume a sí misma y se dirige emocionada hacia el mundo. Para Husserl la emoción es una conciencia y esta pondría de manifiesto las estructuras esenciales de la conciencia. Sólo las esencias pueden clasificar y examinar los hechos, y no éstos por si solos analizar la realidad.

La emotividad tiene, de acuerdo a James, dos componentes que se retroalimenten mutuamente en el devenir de las experiencias humanas: el aspecto fisiológico y el aspecto cognoscitivo. El primero hace referencia a las diferentes reacciones y alteraciones que padece el cuerpo producto de un determinado estado anímico, como son las reacciones corporales ante los estados emocionales como la ira, el dolor o la alegría. El componente cognoscitivo nos da cuenta de las reacciones de la mente luego del impacto de una emoción determinada.

Quizás en este punto, la disciplina psicológica que mejor resume los alcances de la dimensión cognoscitiva de las emociones sea el psicoanálisis.

² En su obra “bosquejo de una teoría de las emociones” Jean Paul Sartre hace un estudio detallado de las principales teorías acerca de las emociones, enfatizando en una crítica severa a las posturas psicologizantes de las mismas, y propone la creación de una perspectiva teórica más fenomenológica acerca de la emotividad.

Como sabemos, las reacciones emotivas a los estímulos externos son el producto de ciertas frustraciones ocurridas en otras etapas del desarrollo del sujeto, y que se guardan en el inconsciente por un lapso de tiempo hasta que la realidad otorga significación para que aquel sentimiento reprimido emerja y se manifieste. Sin embargo, este reduccionismo de otorgar a los aspectos reprimidos de la consciencia como entidades causales del comportamiento le resta valor a los planteamientos psicoanalistas de las emociones.

De esta manera, las emociones se definen como entidades propias del comportamiento, y su rango de acción se remite al individuo y su particular forma de socializar el mundo de la vida que lo circunda.

Las emociones son la respuesta del individuo a los impulsos que su adaptación al mundo le otorga. Pero, ¿en qué ámbitos de la cotidianidad del hombre moderno la expresividad traducida en estados emocionales diversos asumen una significación relevante?, o ¿cómo se manifiestan la expresión-emoción en una cultura caracterizada por el desapego estructural?

Quizás, el ámbito de la actual modernidad reflexiva donde la expresividad se exprese sea la esfera del quehacer intelectual, y en específico, en las distintas producciones de los textos interactivos que imperan en la sociedad.

Ya los ámbitos cercanos a la interacción como son las relaciones interpersonales cara a cara están probablemente fuertemente acotados en su expresividad emotiva, haciendo que el carácter de las relaciones sociales este caracterizada por el desapego y la indiferencia frente al otro.

La generación de discursos que evocan una cierta emotividad perdida por el desapego se remite probablemente a la esfera de la cotidianidad del lector, del televidente, del chat, o de los radioescuchas, haciendo que la realidad virtual se nutra de emotividad a diferencia de lo que sucede con la producción de textos interactivos globales caracterizados por la producción mecánica y teológica derivada de la técnica.

Los significados de los contextos sociales de interacción se sitúan y reproducen probablemente por el desapego, generando de esta forma una praxis acotada donde la instrumentalización de la vida cotidiana está en función de aquel conjunto de situaciones sociales donde se enmarca el desapego.

La conciencia común de estas situaciones de acción constituye el afianzamiento común del “conocimiento mutuo” mediante el cual los agentes comunicativos hacen inteligible lo que hacen y dicen. Las relaciones mutuas entre los individuos que interactúan en el espacio y tiempo definido se basan en contextos generales de desapego, orientando de esa forma su accionar hacia contextos interactivos donde prima el desinterés por el otro.

Ahora, las consecuencias de este proceso de interacción, y siguiendo a Giddens, son la generación de objetos culturales, es decir, artefactos que trascienden los contextos de presencia/estado pero que son distintos de los objetos en general en la medida en que incorporan formas de significación “ampliadas”.

Ejemplos de estos objetos culturales son los textos escritos y los diferentes medios de comunicación electrónicos. Todos estos objetos culturales implican una característica peculiar, el distanciamiento entre el “productor” y el “consumidor” de dichos objetos, lo que trae como secuencia lógica la verificación de dichos objetos en la ausencia de determinados elementos del conocimiento mutuo que se dan en la “co-presencia” dentro de una situación dada.

Lo anterior implica también un proceso de interpretación alejada de los contextos donde se generan los objetos culturales. Es probable que la interpretación fundamentalmente racional no este dejando que cualquier consideración fuera del alcance de lo previamente definido se legitime en

el proceso de interpretación. Proceso este último que implica aparentemente la indefensión de los sujetos ante los estímulos anexos y emotivos que se constituyen en la misma producción de los objetos culturales.

Siguiendo el análisis de la cultura del desapego podríamos decir que la tarea del hombre actual es el actuar de una manera fría y calculadora, dejando su expresividad emocional en el paréntesis que implica la vida en sociedad. El agobio del hombre moderno ya no lo representa la candidez, sino probablemente el aplomo que debe presentar en la realización de las tareas sociales.

Una manifestación palpable de cómo la cultura del desapego se ha ido gestando en el transcurso de la historia humana lo demuestra la evolución que ha experimentado la expresividad de los estados emotivos en la realización de las prácticas sociales en los diferentes campos del saber. Uno de estos ámbitos o áreas del conocimiento es quizás la manifestación más relevante en la generación-recreación de estados constantes de emotividad y expresividad, como es el campo del quehacer intelectual, y en específico, la Literatura.

Históricamente el quehacer intelectual de quienes han hecho de la literatura una forma de vida, se han vuelto un depositario de la emotividad de los pueblos. En la antigüedad existía una estrecha relación entre creación artística y público. En cierta forma, los lectores habidos de escuchar historias y relatos emotivos y cercanos a su realidad, sentían una especial preferencia por la actividad del escritor.

Los intelectuales eran los agentes y testigos de la historia oral de los pueblos. Su simpatía por estos se reflejaba en la importancia social que generaban en la comunidad, donde la actividad de escribir no sólo cumplía una función de entretenimiento, sino también de cohesión social en una realidad comunitaria lineal y más integrada.

En este juego, los intelectuales se constituyen como la voz autorizada donde los comunitarios depositaban sus anhelos más profundos. Por esto mismo, los intelectuales se transforman en la fuente principal en la generación de conocimiento y emociones, donde con el aplomo de sus vidas, los miembros de una comunidad dada se proyectaban a modo de modelo en sus vidas. Quizás por este motivo, la vida cotidiana de un artista estaba llena de desobediencias y desenfreno (como adelantándose a los tiempos que vendrían). Aspecto que ya entrada la modernidad se redujo al disfrute y comprensión de todos sus excesos y excentricidades¹.

Posteriormente, con el paso de la comunidad a la sociedad, la actividad literaria paulatinamente se fue transformando en un depositario de conflictos, especialmente cuando la acción de los intelectuales se ancla en el campo de las luchas sociales y políticas (la formación de los estados nacionales).

Aquí los estados emotivos de los lectores, al igual que en la antigüedad, se confundió con el de los intelectuales, y éstos a su vez, se convirtieron en un problema para las nacientes elites gobernantes. De ahí, la marginación y persecución que tuvieron que padecer los escritores por no rendirse a los imperios de los sectores dominantes de la incipiente sociedad moderna (recuérdese los padecimientos que debieron afrontar los intelectuales ilustrados, los cuales fueron encarcelados y sus libros fueron prohibidos).

Ya en esta época los estados emotivos se traspasaron de la realidad a los textos, y los escritores fueron ganando el prestigio de ser los depositarios de la emotividad silenciada del público habido de cambios y transformaciones.

¹ Al respecto recomiendo la lectura de "La tentación de lo imposible" de Mario Vargas Llosa, sobre la biografía de Víctor Hugo. Vargas Llosa expone como el genio de Víctor Hugo se expresaba en una vida de contrastes. Por un lado, una gran capacidad creativa, y por otro lado, llevando una vida disipada y de excesos, que lo siguieron hasta su muerte.

Precisamente, esta emotividad callada es la antesala de los conflictos sociales y políticos que caracterizaron toda la sociedad pos revolución francesa. Sin embargo, esta emotividad silenciada también trajo como consecuencia la cada vez mayor desafección de los ciudadanos con los intelectuales. Ya la labor del intelectual se divorcia del ciudadano en el silencio de los textos, y la realidad de estos se transforma en mutismo estructural, puesto que la naciente atomización de la vida cotidiana producida por los cambios tecnológicos y de producción económica (Revolución Industrial), hizo que también los ámbitos de expresividad se transformaran o tuvieran la misma evolución de los cambios macrosociales producidos por la modernidad.

En este complejo proceso, el trabajo intelectual se reduce a la realidad de los “talleres”, dejando de lado a las crecientes masas de ciudadanos-consumidores condenados probablemente a procesos aditivos de atomización y enajenación.

La realidad textual del quehacer intelectual se convierte en un mero observador de lo que acontece en la sociedad, siendo el nicho donde se depositan los anhelos de cambio y transformación de la realidad social que no sólo atomiza las esferas de acción de los ciudadanos en la vida cotidiana, sino también los ámbitos de expresividad de los mismos.

Un ejemplo de lo anterior, es el tipo de organización de la vida cotidiana de la sociedad moderna, donde los imperativos prácticos, de eficiencia y competitividad han pasado a constituirse en la piedra angular del progreso emocional y material. Aspectos todos en donde la emotividad no juega un rol primordial, sino que el complemento marginal de las acciones sociales modernas.

Esta emotividad silenciada se tradujo en que la actividad intelectual se transformará en el ámbito de la realidad social donde se depositaran los estados emotivos de los pueblos; los textos se convirtieron en el depósito emotivo de las audiencias, y la realidad fuera de ellos probablemente en enajenación.

La realidad textual en los campos del saber se constituye en un proceso intelectual de conocimiento desarrollado, haciendo que el trabajo de descifrar su contenido sólo sea conocido por “unos pocos”, mientras tanto la generalidad de los ciudadanos sigan atomizados y enajenados por el ritmo de vida de la sociedad moderna. Precisamente, es probable que el discurso de la sociedad posmoderna este centrado en que los ciudadanos puedan descifrar el contenido de los textos, y que aquella realidad conformada por la intertextualidad pueda ser entendida como un gatillador de una cierta emotividad reprimida heredera de la modernidad.

La cultura del desapego es una arista más de lo difícil que resulta el tránsito de la modernidad a la posmodernidad, puesto que en la génesis del desapego está la búsqueda constante, y quizás no esperada, del hombre contemporáneo de buscar un sentido racional que justifique y legitime su accionar. En este sentido, el sueño de quienes sostienen que lo que dejó inconcluso la Ilustración se hizo realidad, es decir, reducir todos los estados del hombre a la razón.

Sin embargo, si bien es cierto que esta realidad del desapego es una característica principal de la sociedad moderna, los estados emotivos siguen teniendo una importancia crucial en las formas en que se generan los textos o discursos sociales. También asumen una relevancia fundamental en sociedades tercer mundista, como la nuestra, donde las esferas de acción de los sujetos todavía siguen invadidas por formas de socialización marcadamente hegemónicas y orientadoras, como es la educación de las masas a través de la entrega de una ética religiosa cristiana caracterizada por una carga fuertemente emotiva de trascendencia en los discursos, lo que influye en la manera de ser de nuestros pueblos.

3. Las apreciaciones parsonianas sobre la interacción como contexto teórico donde se inserta la interacción comunicativa

Al plantear la propuesta teórica de la interacción comunicativa como una tipología que explica y ayuda a comprender los procesos de interacción, lo hacemos considerando los derivados analíticos que constituyen las formas, que a nuestro juicio, son sustanciales a la misma. La racionalidad y la emotividad lo entenderemos como cuerpos explicativos que se fundamentan durante el proceso interactivo como elementos derivativos y finales del análisis.

Sin embargo, la interacción comunicativa se entenderá como un cuerpo teórico que actúa como sistema, es decir, que la asociación entre la interacción y los componentes comunicativos de aquella se definen como factores que se van desarrollando durante el proceso de puesta en práctica del comportamiento individual y colectivo.

Para ello, a continuación analizaremos los componentes primarios de la interacción comunicativa, tomando en consideración las propiedades específicas de cada factor. En este análisis podremos ir definiendo y contextualizando el marco conceptual de referencia donde emergen sus derivadas conceptuales, o sea, la racionalidad y la emotividad.

La interacción, como sabemos, se centra en un sistema social² generado y compuesto por la interacción de “unidades” individuales o colectivas. Dichas unidades se encuentran mediatizados en su actuar por un contexto sociocultural que expresan, simbolizan, ordenan y controlan las orientaciones humanas por medio de sistemas de significados estructurados como de la combinación de símbolos en contextos concretos. De esta forma, un sistema de orientación, y siguiendo a Parsons, exige como mínimos cuatro aspectos o componentes analíticamente distinguibles uno de otros. Estos son los siguientes:

1. Un conjunto de unidades que realicen interacciones unos a otros.
2. Un conjunto de reglas o de otros factores de “codificación” que estructuran tanto las orientaciones de las unidades como la propia interacción.
3. Un sistema modelado de la propia interacción, y
4. Un medio que opere el sistema y con el que se produzcan intercambios sistemáticos.

Sin embargo, este paradigma propuesto por Parsons requiere un análisis detallado y más fino, y así, ir visualizando y definiendo su implicancia en la conceptualización sobre la interacción comunicativa.

Toda noción de sistema aplicado a formas conceptuales pasivas o dinámicas del quehacer intelectual creativo, requiere en su análisis temático tomar en consideración un elemento que subyace toda denotación de sistema, como es la racionalidad (o como diría Kant “razón práctica”), que es inherente a todo cuerpo interactivo considerado como sistema. Cada una de las partes de cualquier forma sistémica tiene una razón de ser, y que en el caso del sistema de interacción no lo excluye de tal peculiaridad. La operación de los componentes del sistema de interacción requiere de una cierta

² Como sabemos la noción de sistema social en Parsons está constituido por acciones, y la acción es un elemento básico del sistema social. De la misma manera, la noción de sistema social en Parsons tiene un carácter teleológico y se refiere fundamentalmente a la acción humana, y ésta en tanto acto unitario, puede descomponerse en actores, fines y situaciones, a su vez, estas últimas se constituyen en medios y condiciones, y por lo menos una norma que permite relacionar los fines y situaciones. De esta forma, y de acuerdo a Arnold y Rodríguez, se puede afirmar que la acción humana es un sistema de orientaciones determinado normativamente. Más adelante con el aporte de Luhmann utilizaremos el concepto de sistema para la definición de interacciones comunicativas parciales y plenas, y de esta manera contextualizar de una forma más acertada los ámbitos comunicativos donde se inserta la interacción comunicativa.

racionalidad concreta y definida que de sentido a su funcionamiento. La lógica de los componentes necesita de una fundamentación racional y “esperable” de sus funciones, y de esta forma, otorgarle un cierto orden “de aparición” en el todo sistémico.

En el caso del paradigma de la interacción, las primeras tres fases del modelo interactivo siguen una trayectoria racional que definen y componen sustancialmente sus funciones.

La necesaria definición de las unidades sobre la base de interacciones recíprocas requiere de una forma básica de racionalidad, que se fundamenta en el conocimiento mutuo entre las partes individuales o colectivas que participan en el proceso interactivo.

Si no dispusieran de un cúmulo de conocimientos racionalmente expuestos durante la interacción, no se podrían desarrollar interacciones sucesivas con un mediano o alto exposición de saberes mutuos.

Por otro lado, quizás la forma más palpable de una definición racional de la interacción este dado por la creación de reglas o de otros sistemas de codificación, que estructuran las prácticas de interacción. En la medida que los participantes de la interacción respondan a pautas o reglas de comportamientos racionalmente definidos, el proceso de interacción derivaría en formas disfuncionales y anacrónicas, que difícilmente podrían definir los sistemas concretos donde las unidades fijan su comportamiento.

Los dos anteriores aspectos quedan mejor explicados en la tercera fase del paradigma de la interacción. La creación de un sistema ordenado o modelado de la propia interacción sin el desarrollo de una racionalidad práctica, y de acuerdo al contexto concreto donde se ciñe la interacción, no podría derivar en formas funcionales de interacción para las unidades individuales o colectivas.

Finalmente, la cuarta fase del paradigma de la interacción se orienta en la creación de diversos medios en que opere el sistema de interacción, y en el cual se producen los intercambios interactivos sucesivos y sistemáticos. Esta fase requiere un análisis más minucioso y detallado.

En otras palabras, la generación de medios donde opere el sistema de interacción no es otra cosa que la creación de formas comunicativas de diverso alcance, que posibilitan y produzcan intercambios interactivos sistemáticos. Lo anterior, es decir, la generación de formas comunicativas es la piedra angular de todo proceso de interacción. A través de la creación de códigos o símbolos comunicativos posibilita la estructuración de significados, que condicionan y predisponen las prácticas interactivas de las unidades individuales o colectivas.

Las formas comunicativas que posibilitan como medio el intercambio sistemático de interacciones, a su vez, cumple una doble función en el sistema interactivo. En primer lugar, las formas comunicativas permitan que las unidades o actores sean tanto un agente comunicativo para sí mismo como para los demás; y en segundo lugar, las formas comunicativas influyen en el agente comunicativo en la orientación para sí mismo y los otros.

La generación de medios que posibilitan la interacción por medio de las formas comunicativas permite que los actores individuales o colectivos sean conocedores y objetos de conocimiento, sean utilizadores de medios instrumentales y un medio ellos mismos, que los vinculen emocionalmente con los otros. Los actores o unidades de la interacción a través de las formas comunicativas son objeto de vinculación, evaluadores y objeto de evaluación, en intérpretes de símbolos comunicativos y ellos mismos ser considerados como símbolos comunicativos.

Quizás, el elemento que aglutina y afianza la generación de medios comunicativos y en el cual se generan los intercambios interactivos, es probablemente la vinculación emocional que los actores expresan a través de dichos medios.

La sola presencia de éstos en el caso de la interacción humana, y sin su correspondiente lazo emocional no garantiza que el sistema de interacción se desarrolle o de respuesta cabalmente a los requerimientos de las unidades que participan del proceso interactivo.

La vinculación y evaluación emocional de los actores son los gatilladores del éxito o fracaso de la interacción como sistema de comunicación interpersonal. El sustrato que está detrás de todo proceso interactivo no es sólo la generación de medios o formas comunicativas, sino la vinculación y evaluación que las partes de la interacción se otorgan por intermedio de los medios comunicativos. El vínculo emocional permite que no sólo las unidades de la interacción reproduzcan los intercambios comunicativos, sino que también le otorguen historicidad continua al proceso interactivo.

La vinculación emocional a través de los medios donde opera el sistema de interacción es probablemente el elemento sustancial que actúa como metacontingente en la expresividad de los agentes, y que dicha vinculación influye en la manipulación de los objetos del medio que rodea al proceso interactivo. En este plano, las formas comunicativas (lenguaje), se expresan, definen y afianzan durante la interacción por medio de los lazos afectivos de las unidades. En el caso de éstos, los medios donde descansan y se generan los intercambios interactivos, sin la correspondencia emocional, la acción de los actores no podría probablemente desarrollarse en un continuo de interacción, que implique la trascendencia de los actores individuales desde su nicho particular de sí mismos hacía los ámbitos que los acerquen a los otros.

El continuo de interacción a través de la vinculación emocional ayuda a estructurar los mecanismos psicosociales de los actores, y permite que las cosas que deben aprender o socializar como agentes actuantes de un sistema social, se canalicen e interpenetren de acuerdo a los cánones socioculturales y simbólicos que se da dicho sistema social a través de su medio de expresividad más acabado, como es la interacción.

La vinculación emocional que está detrás de las formas comunicativas y que son inherentes a todo proceso de interacción, es probablemente la condición para la integración a una base compartida de orden normativo. En otras palabras, la fase dos del paradigma de la interacción, es decir, la generación de reglas o otros factores de codificación es probable que a través de la vinculación emocional permita estructurar las orientaciones de las unidades como la propia interacción en contextos socioculturales específicos, y de esta forma, las formas comunicativas probablemente son las herramientas conceptuales de anclaje donde se depositan las aspiraciones emocionales de las unidades, generando de este modo mecanismos de ajuste normativo, que permite la estructuración de significados que un sistema social se otorga ecológicamente, es decir, existe una ubicación, un movimiento y distribución de los actores sociales, de las actividades en el espacio sociocultural donde se inserta la interacción.

Finalmente, podríamos plantear que la generación de medios y formas comunicativas que influyen en la articulación y reproducción de significados, sin su correspondiente vinculación emocional harían del sistema de interacción probablemente un ente conceptual que parcialmente otorga respuestas integrativas a los requerimientos actuales del paradigma de la interacción, puesto que en las bases de este proceso, y tomando en consideración las características que asume la sociedad moderna, donde la interacción humana está cada vez más mediatizada por un orden racionalmente perseguido, y donde las unidades a través de la interacción dan más prevalencia a la consecución

de metas estratégicamente mediadas, el necesario anclaje que ofrece la vinculación emocional dentro y fuera de los actores sociales, posibilitan probablemente la generación de entendimientos comunicativamente más integrados, y de acuerdo al ideal que se expresa en el paradigma de la interacción que hemos revisado y analizado.

4. El paradigma de la interacción como base en la fundamentación de la interacción comunicativa

En la revisión analítica del paradigma de la interacción podemos apreciar como en todo proceso de interacción los sujetos se dan la tarea de relacionarse no sólo consigo mismos, sino también orientarse en su accionar hacia los demás.

En este proceso de construcción de relaciones los actores sociales se ciñen a un sistema de reglas que ubican los comportamientos interactivos de acuerdo a contextos socioculturales y simbólicos concretos. De esta manera, durante la interacción se va generando un sistema general que aglutina las personalidades individuales y colectivas en un marco social específico.

La forma de aglutinamiento de esas capacidades es la creación de medios comunicativos, que permiten la estructuración de significados, y que permite la generación de intercambios interactivos sistemáticos y permanentes, que no sólo dan sentido a la interacción, sino también la sitúan en un contexto sociocultural y simbólico determinado.

En el análisis de las dimensiones que componen el paradigma de la interacción, se develan dos elementos que subyacen todo el proceso interactivo, especialmente en su desarrollo como sistema.

En primer lugar, al caracterizar las unidades como entes que interactúan hacia sí mismos y hacia los demás, que se nutren mutuamente a través de la generación de reglas que se ciñen a los comportamientos, y al considerar dicho proceso como un sistema integrado modelador, hicimos en el fondo alusión a una mecánica que cruza todo el espectro analítico del paradigma, como es el considerar este proceso continuo como el producto de una cierta racionalidad, que en cierta forma da sentido y significación al paradigma. Racionalidad que cruza transversalmente las fases o dimensiones del modelo conceptual de la interacción, y que sin ella las unidades o actores sociales no podrían otorgar un orden coherente a sus procesos de interacción.

Por otra parte, como resultado de la aplicación de las fases del paradigma al mundo de la vida de los actores sociales, y éstos al generar diversos medios y formas comunicativas donde se cristalizan los mecanismos propios de la interacción, planteamos que el anclaje de todo este proceso interactivo y comunicativo es probablemente la vinculación emotiva que sustancialmente se deposita en las cosmovisiones de las unidades del proceso interactivo. La emotividad la entendemos como el sustrato no reconocido y valorado durante la interacción.

Para todo cartesiano ortodoxo la sola referencia a los aspectos sensibles de la interacción y creación científica, podría ser el gatillador de la puesta en duda de su producción científica, considerándolos a su forma de investigación como una aproximación o una pseudociencia, sin la suficiente substancialidad para afirmar positivamente sus proposiciones.

Sin embargo, como aquella tarea es complicada para un científico, y como la experiencia lo indica, las consideraciones sobre las vinculaciones emocionales que están presentes subterráneamente en el paradigma de la interacción, a mi juicio, asumen un papel central en la generación de

conceptualizaciones que den o intenten comprender los procesos de interacción humana con algún sentido comunicativo.

Las vinculaciones emocionales de las unidades que participan de cualquier proceso interactivo, es probablemente una herramienta fundamental para contextualizar los alcances e impactos que tiene la interacción en los sujetos. Esto a pesar de las posibles objeciones que se pueden generar dentro de una comunidad científica determinada.

Tomando en consideración el análisis del paradigma de la interacción en lo que, a nuestro juicio, son los elementos constitutivos del juego interactivo, es que en adelante denominaremos al desglose del paradigma como interacción comunicativa, que no es otra cosa que **un sistema donde un conjunto de disposiciones racionales y emotivas que expresan los sujetos individuales y colectivos en sus procesos de interacción. Disposiciones que no sólo se remiten en la interacción hacia sí mismos, sino que también hacia los otros. Disposiciones racionales y emotivas que se encuentran involucradas en sistemas culturales y simbólicos que expresan, vinculan, ordenan y controlan las orientaciones de sí mismos y de los otros por medio de sistemas de significación comunicativamente estructurados y estables.**

A la interacción comunicativa la entenderemos como sistema, la cual se analiza en dos fases continuas de interacción. Por un lado, lo que ocurre “dentro” de cada unidad o actor actuante, y lo que ocurre “entre” las unidades o actores actuantes. Ambos procesos se experimentan por medio de una serie de disposiciones racionales y emotivas, siendo el primero el resultado de las consideraciones personales propias de la cosmovisión de la unidad o actor actuante, y el segundo un conjunto de disposiciones racionales y emotivas comunicativamente expresadas entre las unidades o actores actuantes.

En los procesos de disposiciones racionales y emotivas de carácter personal, la información comunicada se procesa de acuerdo a las racionalizaciones, determinaciones, objetivos y afectos de la unidad o actor actuante. La comunicación hacia los otros actores puede ser verbal o no verbal, y se convierte en “entrada” para que otros actores receptores, incluyendo el propio emisor puedan revisarse o encontrarse. Cada “salida” de comunicación representa pasar una frontera al igual que su recepción como entrada. Este proceso interpretativo y combinatorio se constituye a través de la propia disposición racional y emotiva del actor, de la que pueden emerger nuevas entradas y salidas de comunicación.

De igual forma, lo que ocurre “entre” las unidades o actores actuantes las entradas y salidas pasan por una gran variedad de formas que se manifiestan a través de medios de comunicación, que exponen la comunicación a una serie de influencias, tales como, alteraciones, disidencias o mantenimiento de “mensajes” acorde a la relación entre las unidades o actores actuantes. Las disposiciones racionales y emotivas se contextualizan de acuerdo al carácter que asumen los intercambios sistemáticos de los mensajes.

Ahora, las disposiciones racionales y emotivas que se manifiestan ya sea dentro del actor actuante o entre los actores actuantes siguen una trayectoria dialéctica en el análisis y comprensión de la interacción comunicativa. El componente racional y el componente emocional no asumen una significación relevante en los procesos interactivos si no se consideran como elementos constitutivos del mismo proceso. Para la interacción comunicativa ambos factores son de primordial importancia para entender los sistemas comunicativos entre las unidades que participan del proceso interactivo.

De la misma manera, los aspectos racionales y emotivos generan distintos puntos de importancia dependiendo de que factor prime en los actores actuantes del proceso interactivo. Así, depen-

diendo de la cualidad de las unidades que participan de la interacción se definen dos momentos de prioridades.

En primer lugar, si la prevalencia son las consideraciones racionales por sobre la emocionales, estamos en presencia de disposiciones de carácter instrumental y guiadas por objetivos previamente definidos. Aquí los aspectos emocionales pasan a constituirse como elementos anexos a los fines racionalmente perseguidos, y la información se procesa de acuerdo a las metas que persiguen los agentes comunicativos. Las emociones asociadas a los actos se contextualizan de acuerdo a los fines u objetivos racionales que se trazan los agentes comunicativos.

Bajo los anteriores principios esquemáticos, lo que sucede “dentro” del actor actuante está en función de la prioridad del factor racional, donde sus disposiciones están en directa relación con ese componente. Su accionar se ciñe a metas u objetivos racionalmente perseguidos (agente comunicativo teleológico). Los actos del actor actuante se fundamentan en lo que Weber llamó “acción racional con arreglo a fines”.

De esta forma, el actor actuante ejerce normalmente un control sobre su comportamiento, muestran una autoconsciencia reflexiva, y una orientación comunicativa hacia su entorno racionalmente definido. Se perciben a sí mismos decidiéndose a interactuar como resultado de sus intenciones previamente definidas.

Por otro lado, el componente emocional del proceso interactivo es el menos desarrollado, o si lo está, se subyuga al componente racional. Para este tipo de agente comunicativo, la capacidad de expresividad afectiva asume un papel secundario, tiene poca capacidad empática, y la reflexión fría prima por sobre el sentimiento profundo.

Ahora, la disposición de racionalidad “entre” los actores actuantes del proceso interactivo sigue una trayectoria parecida al actor individual. Los escenarios de actuación de los agentes comunicativos se ciñen a patrones de conducta donde prima la racionalidad de sus actos. Aquí entra a tallar lo que Habermas, denominó una cierta “racionalidad social” para el comportamiento entre los agentes comunicativos.

Esta racionalidad se expresa a través de la utilización de diversos medios generalizados de comunicación, donde sus mensajes se enmarcan en orientaciones tipo racionales y desinteresadas, y si los hay, que estén de acuerdo a los contextos racionalmente perseguidos por los generadores de dichos mensajes.

En este plano, un ejemplo clásico de medio generalizado de comunicación donde los agentes expresen sus aspiraciones comunicativas de acuerdo a fines, sea lo que en la actual sociedad moderna se genera en torno al dinero. Este medio deslinguistificado que no presenta ningún valor por sí mismo, representa para muchos individuos el motor de vida de su existencia, y que basándose en su posibilidad de posesión condicionan el ambiente personal y social donde se desarrollan comunicativamente.

Tomando en consideración el anterior ejemplo, las posiciones emotivas de los actores actuantes, y lo que sucede entre ellos, se contextualizan en la creación de tipos ideales de personalidades poco empáticas y poco proclives a la expresividad de sus afectos. Ayuda en este proceso, la escasa y poca relevancia que probablemente la sociedad moderna le otorga a la educación de los afectos, la poca capacidad de ponerse en el lugar de los otros, de sentirlos y de hacer del espacio comunicativo una instancia para el generar espacios de sociabilidad emotiva.

Emotivamente lo que sucede entre los actores actuantes se pierde por las consideraciones desinteresadas por lo que le ocurre a los otros miembros del grupo, dejando que en sus interacciones primen las consideraciones racionales, frías, calculadoras. Generando de este modo, procesos de instrumentalización de la vida cotidiana que condicionan las prácticas comunicativas de los actores actuantes del proceso interactivo.

Ahora, ¿qué ámbitos de la vida cotidiana son los más proclives a seguir en su accionar orientaciones racionales?

Quizás una posible respuesta a esta interrogante la encontremos en el ámbito de las Ciencias “duras” y parcialmente en las mal llamadas ciencias “blandas”. En primer lugar, y de acuerdo a todo el historial epistemológico de la Ciencia, la fundamentación de su accionar se encuentra supeditado a la supremacía de la razón, como única forma para contemplar el mundo de la naturaleza.

La búsqueda de respuestas y explicaciones sobre la conformación del mundo físico se basan o tienen una fundamentación racional para los tipos de argumentaciones científicas. Ya Kant le llamaba a este proceso “razón pura”. Para el científico “duro” la contemplación y observación del mundo sin la correspondiente postura racional de sus argumentos derivados de su quehacer, no tendría ningún valor. Por este motivo, las posturas que se alejan de ese principio básico se constituyen como pseudoconocimientos, carentes de todo tipo de explicaciones verificables empíricamente.

Los aspectos “irracionales” de la cotidianidad no adquieren una importancia para el quehacer de la ciencia. Por este motivo, las interacciones comunicativas que se dan dentro de una comunidad científica se encuentran fundamentadas en la fiabilidad y validez racional de los hallazgos, y no dejando que ningún otro tipo de conocimiento o acercamiento a la realidad interfiera en su quehacer.

Las posturas comunicativas de los científicos ante el mundo se fundamentan en aquella racionalidad, no dejando que aspectos como la emotividad interfieran en sus roles creativos. Las emociones no tienen cabida dentro de una comunidad científica, puesto que sus disposiciones entran en conflicto con los objetivos racionales que se persiguen y recrean en dicha comunidad científica.

La búsqueda e interpretación del mundo a través del “método científico” se traduce en la definición racional de las interacciones comunicativas dentro y entre comunidades científicas.

Dentro de la interacción comunicativa, la prevalencia de disposiciones con un marcado matiz de racionalidad es un estado parcial de interacción. Ahora, por interacción comunicativa parcial entenderemos **como sistemas de interacción de carácter teleológicos donde el componente racional prima por sobre el componente emotivo, otorgándole a las relaciones comunicativas “dentro” y “entre” los actores comunicativos procesos parciales de interacción comunicativa.**

Aunque se presenta aparentemente como funcional a las actuales formas de intercambio comunicativo moderno, su sola presencia no implica un aporte relevante para la comprensión de los significados comunicativos, puesto que en la génesis del quehacer moderno las corrientes interactivas personales y sociales generan relaciones de comunicación especializadas, y que cumplen el papel de conectar a las unidades en función de objetivos racionales, y donde los componentes emocionales se desvanecen o se sumergen en el devenir específicamente racional de la interacción.

De esta manera, se van gestando probablemente textos interactivos funcionales al sistema de relaciones comunicativas, que están acorde a los requerimientos de la sociedad moderna caracterizada por la creciente despersonalización de sus agentes comunicativos, y que a nuestro juicio, no hace otra cosa que otorgarle a las actuales formas interactivas elementos de dispersión comunicativa, y donde los participantes del proceso interactivo generan ámbitos de acción donde prima el

solipsismo racional de los procesos comunicativos, es decir, la ocurrencia y concurrencia según la cual los actores comunicativos no pueden afirmar ninguna existencia emocional a la comunicación salvo la pura consideración racional asociada a la interacción comunicativa.

Este proceso no involucra la existencia de algún componente emocional al proceso interactivo que no sea una representación de la consciencia racional de los agentes comunicativos. El componente racional mantiene una relación octogonal con la comunicación, lo que trae como consecuencia la ocurrencia operativa de los textos interactivos, o como diría Luhmann, la emergencia de “los medios acústico de los ruidos y los medios ópticos de las reglas escritas” (Luhmann:1998:61), enfatizándolos y reproduciéndolos como productos de ese solipsismo racional de los procesos comunicativos, ya sea dentro del agente como en la relación que establecen los actores sociales durante la realización de la interacción comunicativa.

Aquel solipsismo racional tan característico de la sociedad moderna se materializa durante la interacción comunicativa como esquemas conceptuales derivados de la dualidad entre ser y pensamiento y acción e intervención en el mundo de acuerdo a patrones intencionales, que se traducen probablemente en una creciente instrumentalización de la vida cotidiana.

Aquella racionalidad exagerada de la modernidad ha conducido y generado un tipo de personalidad personal y social determinista, reduciendo los aspectos emocionales de la vida ya sea en la esfera de lo público como lo privado a la razón.

Ya a finales del siglo XIX y principios del siglo XX George Simmel en “*La metrópolis y la vida mental*” hacia una caracterización de este proceso. A través de una cuidadosa y rigurosa caracterización de la sociedad berlinesa ahondó especialmente en el tipo de interacciones que se despliegan entre el individuo y la sociedad. Su hipótesis rectora era que, tensionado por un ritmo vertiginoso e imposible de esquivar, el urbanita comienza a configurar un tipo de personalidad moderno, capitalista, indiferente y reservado; un tipo de personalidad caracterizado por la intensificación de los estímulos nerviosos, y que se traducía en actitudes (Simmel denomina a este proceso como actitud *blasé*) y conductas proclives o en función de la naciente sociedad capitalista y moderna.

Sin embargo, hay que advertir que a pesar de la prevalencia de la racionalidad durante la interacción comunicativa del tipo parcial, no significa que los aspectos emocionales que están asociados al proceso interactivo se desvanezcan o dejen de cumplir un rol fundamental en la comunicación, sólo aquellos pasan a constituirse, reproducirse, y contextualizarse en las esferas secundarias de la vida cotidiana.

Las fronteras o límites entre la racionalidad y emocionalidad de la interacción comunicativa se contextualizan basándose en los requerimientos y forma de organización de prioridades de los agentes. Prioridades que se tornan complejas de acuerdo a los procesos de selección que los agentes comunicativos realizan durante la interacción, y que tienen como punto de partida las características personales y sociales que presentan los individuos dentro de un contexto sociocultural determinado.

Los límites entre lo racional y emocional de la interacción comunicativa lo da el contexto sociocultural de la cual ella es parte. Tiene una consideración o relevancia de acuerdo a características tan variadas como el género de los participantes de la interacción, su calidad etaria, los tipos de trabajos ejercidos dentro de la sociedad, el tipo de organización familiar, el tipo de socialización primaria o secundaria recibida, o la procedencia ecológica de los actores interactivos.

Recapitulando lo anteriormente expuesto, habíamos señalado que la prevalencia de los aspectos racionales durante la interacción comunicativa, dejando en un segundo plano la dimensión

emocional, es considerada como un estado parcial de interacción comunicativa. Aspecto que como vimos al caracterizar la sociedad moderna, es uno de los fundamentos primordiales del quehacer moderno.

La supremacía de la dimensión racional durante la interacción comunicativa es el anclaje teórico y práctico de las actuales formas de interacción, y que genera formas comunicativas parciales y con un tono de menoscabo por las consideraciones emotivas de los agentes sociales.

Ahora, la pregunta que surge a continuación es la siguiente ¿ qué sucede si invertimos la relación binaria de los componentes de la interacción comunicativa?, o ¿ qué pasa con las interacciones comunicativas cuando se logra equiparar el componente racional con el componente emocional?.

Anteriormente habíamos planteado que los estados emotivos se caracterizan por su transitoriedad, y que cualquier consideración conceptual referente a las emociones no debe perder de vista esta consideración. Ahora, cuando en la interacción comunicativa los aspectos emotivos asociados a los textos interactivos se logran igualar con las consideraciones racionales de los mismos, le otorgan a la interacción canales de expresividad que enriquecen la interacción entre los agentes comunicativos, y que bien llevados puede otorgar a la interacción procesos de estabilidad a la comunicación.

Si bien es cierto la emotividad por si sola no puede explicar los procesos de estabilidad en la comunicación, su presencia en la interacción puede ayudar a construir y reconstruir la realidad interactiva bajo parámetros cognoscibles, y que junto con la dimensión racional, le otorgan a la interacción comunicativa altos grados de significación comunicativa.

En la medida que los agentes interactúen con la suficiente capacidad empática y emotiva y con una cuota importante de racionalidad expresada en los textos interactivos que generan, el proceso de interacción comunicativa pasa a desarrollarse en otro nivel, más elevado. A este camino de la interacción lo denominaremos como niveles de interacción comunicativa plenas. **Entenderemos por esto como sistemas de interacción no teleológicos donde los componentes racionales y emotivos se retroalimentan mutuamente en el devenir comunicativo, otorgándole a las relaciones comunicativas “dentro” y “entre” los actores comunicativos procesos de plenitud comunicativa.**

En las interacciones comunicativas plenas la dimensión emotiva se articula con la dimensión racional de forma circular, es decir, que durante la interacción comunicativa ambos factores se retroalimentan mutuamente, donde la emotividad asociada a los textos interactivos es el componente esencial para la estabilidad de la comunicación en términos de expresividad empática. Del mismo modo, el componente racional es el eje que articula y coordina los grados de significación de dicha expresividad empática. En este nivel de interacción comunicativa no hay preponderancias de un factor sobre el otro. Ambos se complementan en el devenir interactivo, y en dicho complemento encuentra la interacción su estabilidad comunicativa.

Al finalizar esta sección de este estudio, se nos hace necesario plantear algunas consideraciones anexas a las nociones de interacciones comunicativas parciales y plenas. Para este fin, emplearemos una derivada conceptual deducida de la noción de sistema social empleada en la tradición sociológica desde Parsons a Luhmann, pasando también por la revisión de otras corrientes de pensamiento científico, como la del biólogo Humberto Maturana.

En este análisis podremos apreciar como los elementos constitutivos de los sistemas sociales conjuntamente con las consideraciones comunicativas de los mismos, pueden darnos las pautas en la contextualización y marco general de los factores constitutivos de la interacción comunicativa.

Considerar a la interacción comunicativa como un sistema de interacción donde los agentes comunicativos entrelazan sus relaciones comunicativas, lo hacemos considerando la evolución que ha tenido la noción de sistema social desde Parsons a Luhmann, y en específico, lo que este último entiende por dicho concepto.

Como sabemos, dependiendo del medio que se utilice para definir un sistema social, y siguiendo a Luhmann, el ente que aglutina y define la complejidad de cualquier sistema social, es la comunicación. Para Luhmann el sistema social es autorreferente, lo que significa que se refiere a sí mismo tanto en la constitución de sus elementos como de las operaciones prácticas de éstos. El sistema social utiliza la diferencia entre sistema/entorno y utiliza esta diferencia como principio orientador y generador de “información”. De esta manera, el entorno es una necesaria característica que sirve para las operaciones autorreferenciales del sistema social.

El sistema social en Luhmann no tiene la calidad de constructo analíticos, como el de Parsons, en donde el esfuerzo de conceptualizar y categorizar deja la necesaria verificación empírica de lo que se plantea desde un punto de vista teórico. Su intento no es realizar una interpretación de la realidad, sino que por medio de la autorreferencia de los sistemas sociales estos pueden observarse empíricamente, con lo que se plasma en la realidad lo que se plantea teóricamente en forma de categorías.

Por otra lado, la noción de sistema social en Luhmann tiene la particularidad de ser autopoiético (concepto derivado del concepto de autopoiesis de Maturana), es decir, que el sistema social es capaz de autoproducir los elementos que componen el sistema.

De la misma manera, y siguiendo a Maturana con la noción de circularidad de la autoproducción de los sistemas autopoiéticos, se hace un giro epistemológico crucial que va desde las concepciones teleológicas del comportamiento, es decir, la búsqueda desmesurada de ciertos fines para el comportamiento, que en el caso, por ejemplo, de la noción de sistema social de Parsons se demuestra en la relación fines-medios para la necesaria operatividad de los sistemas sociales. Ahora, en cambio, y con el aporte de Maturana, se conceptualizan sistemas sociales más inclusivos, donde los elementos del sistema social se retroalimentan mutuamente de forma circular, como en el caso de los sistemas autopoiéticos, y sin que sea necesaria una finalidad o una relación de causa y efecto entre los componentes de cualquier sistema social.

Ahora, las anteriores conceptualizaciones sobre lo que se entiende por sistemas sociales, nos servirán como base conceptual para contextualizar desde un punto de vista comunicativo los elementos constitutivos de la interacción comunicativa, tomando en consideración, y esto aunque algunos luhmanianos lo consideren fuera de su ortodoxia, a las relaciones humanas, puesto que cuando hablamos de interacción lo hacemos considerando a los actores comunicativos como ejes principales de cualquier sistema social.

La noción de sistema de interacción para el caso de la interacción comunicativa tiene dos momentos que se expresan evolutivamente en el devenir comunicativo. En primer lugar, cuando hablamos de interacciones comunicativas parciales, lo hacemos tomando en consideración los aportes teóricos de la tradición teleológica de la sociología. Así, dentro de esta categoría conceptual, las formas comunicativas que realizan los agentes comunicativos se entenderán como sistemas de interacción con un marcado carácter teleológico, donde la racionalidad de las emisiones comunicativas cumple una finalidad por sí misma, dejando al componente emotivo subyugado a la racionalidad.

Por otro lado, cuando hablamos de interacciones comunicativas plenas, y tomando en consideración la noción de circularidad de los sistemas autopoiéticos, lo hacemos como sistemas de

interacción circulares, donde los componentes racionales y emotivos en los procesos de comunicación no sólo se relacionan mutuamente, sino que como elementos constitutivos de este sistema de interacción son capaces de autoproducirse durante la realización de la interacción por medio de los textos interactivos, es decir, las formas comunicativas derivadas de los agentes comunicativos son capaces de reproducir ya sea en términos racionales o emotivos las intenciones comunicativas que guían su actuar.

Una vez conceptualizado los componentes de la interacción comunicativa, se nos hace necesario hacer algunas consideraciones sobre un aspecto que está presente en la definición de las interacciones comunicativas parciales y plenas. Este aspecto es lo referido a la estabilidad de los procesos comunicativos, para la cual hicimos una aseveración conceptual en nuestras definiciones de los componentes de la interacción comunicativa. Ahora, las aclararemos en mayor detalle.

Cuando hablamos de estabilidad de la comunicación lo hacemos considerando principalmente el componente emocional de la interacción comunicativa. Es aquel factor el que determina, a nuestro juicio, los procesos de estabilización en la comunicación, puesto que la variación de los contenidos de la comunicación lo da el grado de respuesta emotiva que se presenta en los actores comunicativos producto de su participación en cualquier forma de interacción comunicativa.

Así, en la definición de la interacción comunicativa parcial hicimos alusión que ésta por su desarrollo implicaba la realización de procesos de inestabilidad en la comunicación. Esto probablemente es así, puesto que considerando la prevalencia de los aspectos racionales de las emisiones comunicativas, la actuación del componente emocional durante la interacción se caracteriza por la precariedad funcional en la participación comunicativa de los agentes comunicativos. De esta forma, y sumado a la transitoriedad de los estados emotivos, los procesos de inestabilidad comunicativa se agudizan aún más durante este tipo de interacción comunicativa.

Como resultado de lo anterior las emisiones comunicativas de los agentes comunicativos están caracterizadas fuertemente por una inestabilidad emotiva, que se traduce en un desapego estructural de la comunicación, lo que hace que los agentes comunicativos por la prevalencia de la dimensión racional en su vida cotidiana no den la importancia necesaria a aquella dimensión de la comunicación, tan fundamental para otorgar no sólo significación a la comunicación, sino también la suficiente estabilidad de las emisiones que requiere aquélla para la comprensión comunicativa entre los participantes de la interacción.

Por otro lado, en las interacciones comunicativas plenas por la equivalencia de ambos factores, por su relación mutua y por el equilibrio interactivo, la estabilidad de la comunicación se vuelve una condición necesaria de la interacción. En esta fase de la interacción comunicativa, la dimensión emocional produce un quiebre integrador en la comunicación, logrando una suerte de sumatoria con la dimensión racional. Como los agentes comunicativos tienen la suficiente libertad para la expresividad de sus emociones y fundamentos racionales de su accionar, se logra como resultado una estabilidad en la comunicación, que se traduce en acciones fundamentadas en dicha equiparidad de las funciones comunicativas.

Finalmente, entre las interacciones comunicativas parciales y plenas se presenta un continuo evolutivo que va desde interacciones comunicativas simples, como las primeras, e interacciones comunicativas complejas, como las segundas. Las interacciones comunicativas parciales son las primeras en la etapa evolutiva de la comunicación, y se caracterizan por su simplicidad y la maximización de los resultados comunicacionales. Por otro lado, las interacciones comunicativas plenas son las más evolucionadas, y por ende, las más complejas.

De la misma manera, entre éstos sistemas de interacción se pueden producir evoluciones como involuciones, la cual dependerá del estado de desarrollo comunicacional donde se inserten los agentes comunicativos, como también del estado de desarrollo de los contextos socioculturales específicos donde se inserte el sistema comunicativo imperante.

También el carácter que asume la evolución en la comunicación dependerá del desarrollo de los componentes racionales y emotivos que se den dentro y entre los agentes comunicativos.

Al finalizar estas consideraciones teóricas sobre las formas o tipos de interacción comunicativa, se nos hace necesario plantear algunas reflexiones finales sobre la misma.

Anteriormente habíamos planteado que dentro de las interacciones comunicativas parciales los agentes comunicativos están más propensos a realizar acciones orientadas por fines, lo que se acerca a lo que Weber denominó como “acciones racionales con arreglo a fines”. En el caso de las acciones derivadas de las interacciones comunicativas plenas, es bastante probable que los agentes comunicativos racionalicen sus interacciones por lo que Weber denominó como “acciones racionales con arreglo a valores”. En la medida que los sujetos orientan su accionar por medio de la racionalización por medio de valores, sean estos funcionales o disfuncionales, están más propensos probablemente a la realización de interacciones comunicativas plenas, puesto que es probable que aquellas interacciones que son guiadas por principios o valores sean una manifestación palpable de la simetría que podemos encontrar entre racionalidad y emotividad de las emisiones que tengan algún sentido comunicativo.

El razonar en términos de valores puede ser uno de los aspectos de la interacción comunicativa plena que entrelaza de una forma más inclusiva y mutua a ambos factores componentes de aquella. En la medida que los agentes comunicativos entrelazan la racionalidad y la expresividad por medio de los valores es más probable que sus derivados prácticos alcancen una relación más estrecha y continua, lo que le otorga a la interacción procesos de ajuste, control e integración a campos amplios de entendimiento comunicativo.

5. Las interacciones comunicativas parciales y plenas en la cotidianidad de los agentes comunicativos

Ahora, se nos hace necesario presentar con más detalle los ámbitos comunicativos donde, a nuestro juicio, se desarrollan probablemente las etapas o tipos de interacción comunicativa.

En primer lugar, una prueba de lo anterior está dada por el conjunto de caracterizaciones que los ladrones profesionales le otorgan al lenguaje del coa, esto como producto de una cierta racionalidad subcultural. Y por otro lado, las formas de comunicación no verbal, que están presentes en la cotidianidad de la actividad laboral de los ladrones.

En este momento planteamos la necesidad de entender a la subcultura de la delincuencia como un campo del saber que encierra una serie de significaciones subculturales, que de manera contestataria se opone a la cultura matriz imperante en una comunidad. Lo anterior no cabe duda que es así, sólo, y como ya sabemos, la sociedad y los diferentes aparatos institucionales de control social han hecho de esta dicotómica realidad su razón de ser.

Ahora, y como está planteado en un libro reciente³ el lenguaje del coa dentro de la subcultura delictual encierra en su utilización una serie de significaciones de tipo intencional, que los ladro-

³ Al respecto recomiendo la lectura y revisión de mi libro “Fenomenología de la delincuencia” y los capítulos concernientes

nes expresan en su cotidianidad comunicativa con otros ladrones. En cierta forma, este lenguaje materializa bajo fines comunicativos interactivos la realidad del delito. Su léxico está siendo constantemente renovado por los agentes comunicativos subculturales, y esa semántica evoca una cierta racionalidad marginal, que de una forma no buscada o no esperada por el ladrón se manifiesta como una realidad comunicativa que va creando realidades que dan sentido argumentativo a la subcultura delictual.

Por otro lado, aquella racionalidad argumentativa marginal expresada en el lenguaje del coa, también se expresa en otros tipos de significaciones, como es por ejemplo, el lenguaje verbal o gestual que se dan en los diferentes tipos de actividades laborales del hampa. Este tipo de formas comunicativas nos remiten a una cierta emotividad subcultural, que no solamente expresan estados emotivos transitorios, sino que también a través de la misma práctica delictual se conforman como estados emotivos constantes y permanentes, que dan sentido comunicacional a la subcultura delictual. El lenguaje gestual del hampa no solamente es expresividad desordenada, sino que en su génesis desarrolla las aspiraciones comunicativas de los ladrones, de manera que en su gestualidad se expresa también aquella racionalidad marginal que da sentido a los comportamientos delictivos.

Precisamente esa dualidad entre racionalidad marginal y emotividad gestual a través de la práctica delictual se va reproduciendo y autoproduciendo en un continuo de relaciones comunicativas, que en su conjunto refuerzan las destrezas delictivas de los ladrones, desde las más simples o parciales, como son las caracterizaciones que hacen los ladrones a partir de la utilización del lenguaje del coa, a las más complejas o plenas como son las peculiaridades que asume el lenguaje del coa en los ladrones a través del empleo del lenguaje gestual propio de las diferentes actividades laborales subculturales. Aspectos que encuentran en su práctica verbal y gestual las maneras en que la subcultura delictual se reproduce y autoproduce dentro de las interacciones cotidianas existentes al interior del mundo del hampa.

Finalmente, podríamos señalar que el conjunto de interacciones comunicativas parciales y plenas delictivas, y si consideramos al lenguaje del coa como un lenguaje “técnico”, pasan a constituirse como herramientas comunicativas que se añaden a otras formas de comunicación especializadas, que se dan o experimentan en otros campos del saber humano, y que el nexo que probablemente podemos encontrar entre éstas sea que se constituyen como lenguajes aglutinadores donde se sintetizan las aspiraciones comunicativas de los agentes comunicativos de los respectivos campos del saber emergidos dentro de una sociedad caracterizada por su creciente complejidad, y donde el lenguaje como forma de comunicación primaria contribuye a reducir o controlar dicha complejidad.

Ahora, ¿cómo podemos identificar al lenguaje del coa como una herramienta comunicacional que sigue la trayectoria de interacciones comunicativas parciales a interacciones comunicativas plenas? Para tratar de contestar la anterior interrogante nos ciñéremos a las principales conclusiones que llegamos producto de una anterior investigación sobre la preponderancia que le dan los ladrones Profesionales al empleo del lenguaje del coa, y más en específico, al empleo del lenguaje no verbal y gestual, que se expresa a través de las prácticas delictivas.

De acuerdo a los discursos proporcionados por los internos en esa investigación, llegamos a la conclusión que los hábitos corporales del actor delictual se sitúan en procesos comunicativos, que le otorgan a la realidad vivenciada de los ladrones formas integradas de significación subcultural e interacción comunicativa de tipo plena. Pero ¿por qué plena? Por un lado, el “trabajo de rostro” es una forma de comunicación gestual que se emplea para desafiar, instigar, persuadir e intimidar a una persona ladrona o no ladrona, sobre los posibles conflictos que se pueden presentar con su

al análisis del lenguaje del coa bajo la perspectiva de Habermas y su teoría de la acción comunicativa. Y para el análisis del lenguaje gestual, recomiendo el capítulo referido a los procesos de encarnación de los procesos de transcurso de intencionalidad, bajo la perspectiva de Fernando García Selgas.

presencia. Por otro lado, las formas de expresividad o comunicación no verbal como los silbidos, manos u ojos, se emplean para generar procesos interactivos comunicativos, ya sea entre los ladrones o para identificar o intimidar las posibles víctimas de un hecho delictivo. A continuación exponemos un cuadro esquemático, con las principales formas de comunicación gestual empleados por los ladrones y su significado subcultural.

El cuadro es el siguiente:

Descripción del lenguaje no verbal	Significado subcultural
La mano en la muñeca	“viene la policía” o “yuta”
La mano en el cuello	Presencia de una persona delatora o “sapa”
Empuñar la mano y golpearla sobre la palma de la otra mano	Tomar mate
Hacer un ademán con la mano izquierda hacia arriba y con la otra mano llevársela al bolsillo	Indicar a distancia que una persona lleva la plata
Llevarse una mano al pecho y golpeárselo	“de corazón” o “de pana”
Llevarse una mano a la boca y tapársela	“está bonito” “va bien”
Taparse con la mano un ojo	“que está feo”

Sobre la base del cuadro anterior, podemos apreciar que todas esas descripciones del lenguaje no verbal se enmarcan fundamentalmente en la realidad vivenciada por ladrones que trabajan en el Centro, es decir, los “lanzas”, cuya finalidad comunicativa es el de avisar a los compañeros que trabajan con ellos que, ya sea que se está en presencia del control social formal, o que se está en presencia de unas posibles víctimas.

Es precisamente en el campo de los ámbitos sociales de interacción donde aquella encuentra su máxima expresión. Si revisamos con detalle la realidad social surgida en los contextos donde se desarrollan los ladrones profesionales, podremos visualizar empíricamente como la interacción comunicativa en sus planos más evolucionados encuentra su fundamentación.

Por un lado, las racionalizaciones que presentan los ladrones acerca del lenguaje del coa nos pueden orientar en la conformación de procesos cognoscitivos de comprensión de las prácticas delictivas como un todo. Aspectos que van más allá del simple empleo del lenguaje del coa como herramienta comunicacional de los ladrones, y que en su génesis, nos indican la peculiar forma de análisis de la contingencia cotidiana donde se insertan las acciones delictivas.

Acciones que nos relatan el conjunto de racionalizaciones que los ladrones construyen y desconstruyen acerca de su entorno más próximo. Y es precisamente a través de esas racionalizaciones donde los ladrones ordenan y dan jerarquía a los participantes de su mundo de vida. Racionalizaciones que también implican la generación de procesos cognitivos de defensa y auto-defensa hacia medios hostiles o que no encajan en sus cosmovisiones, que no son otras, que la realidad social de los marginados de la sociedad.

Del mismo modo, aquellas racionalizaciones nos transportan al mundo de la expresividad y como el cuerpo se hace cargo de los procesos cognitivos delictivos. A través de un constante juego de significaciones corporales y gestuales, la expresividad del Hampa encuentra probablemente procesos de fundamentación emotiva a las argumentaciones racionales derivada de las prácticas delictivas.

La expresividad traducida en formas de comunicación no verbal o gestual implica probablemente la continuación esperada de la racionalización o el conjunto de ideas que tienen los ladrones profesionales acerca del mundo del delito.

Es en este punto donde, a nuestro juicio, se puede identificar al mundo del Hampa como un ámbito social fundamentalmente proclive a la interacción comunicativa de tipo plena, la encontramos en sus estados más puros, puesto que la racionalización de las argumentaciones acerca de cualquier ámbito donde participan los ladrones, y la expresividad traducida en formas de comunicación gestual pueden considerarse como consecuencias esperadas de un mismo proceso comunicativo, que nos es otro, que el visualizar el mundo circundante de acuerdo a patrones conductuales y actitudinales funcionales a la realidad vivenciada.

En nuestro caso, aquellas racionalizaciones nos llevan al conjunto de percepciones que tienen los ladrones acerca del lenguaje del coa, y la expresividad a los ámbitos prácticos donde se ejecutan los conocimientos derivados del metalenguaje.

En síntesis, las argumentaciones racionales y de expresividad derivadas del lenguaje del coa se constituyen, a nuestro juicio, como procesos interactivos comunicativos plenos y amplios en significación, y que se condicen como un tipo ideal esperable para ámbitos fuera del delictual.

Las interacciones comunicativas subculturales plenas son el fiel reflejo de las particularidades que asume el mundo del hampa desde una perspectiva comunicativa. A través de una fiel representación de los aspectos racionales que se asocian al empleo del lenguaje del "coa", a las diferentes conceptualizaciones que hacen los ladrones acerca de su uso, y finalmente, a través de sus manifestación empíricas concretas en la expresividad corporal de los gestos, es donde podemos identificar contextos sociales específicos donde las interacciones comunicativas más evolucionadas encuentran su justificación y relevancia.

Finalmente, y como una forma de explicitar las formas de interacción comunicativa propuesta en el presente trabajo, nos abocaremos a examinar un ejemplo donde la dicotomía entre interacciones comunicativas parciales y plenas se especifican de una manera más clara y precisa.

Este ejemplo dice relación con el desarrollo de la práctica médica a través de los últimos años, y como aquélla ha influido en la generación de interacciones comunicativas entre los actores sociales principales de su práctica, como es la relación médico-paciente.

A partir del siglo XVIII la práctica de la medicina se ha entrelazado como una actividad que cada vez más les otorga a sus participantes una cierta relevancia, puesto que en su praxis está involucrado el juego de la vida misma. Ya Foucault en el "Nacimiento de la Clínica" (1963), hace un estudio sobre el desarrollo de la medicina, especialmente con el nacimiento de la clínica. Le otorgaba a la práctica médica una importancia real, que se plasmaba en la generación de nuevas formas de observación o la mirada atenta o "*regard*", donde los médicos se constituían como los agentes sociales donde se depositaban las miradas sobre la práctica pública de la medicina.

Por esta misma razón, y sumado a ello las cada vez más prerrogativas de su práctica en aras del avance de la ciencia, son que las clases altas inician la privatización de la práctica médica, creando clínicas privadas donde éstos pudieran dejar lejos del escrutinio público sus dolencias y enfermedades, y depositar en ellas sus miedos y pudores.

Posteriormente ya entrado el siglo XIX y XX, es que la práctica de la medicina requiere para su desarrollo una creciente especialización. Así, nacen las diferentes ramas de la medicina, lo que traerá como consecuencia también una mayor especialización en la relación médico-paciente.

Lo anterior se fundamentara en una creciente despersonalización de la práctica médica, donde para la resolución de las enfermedades, la antigua relación de cercanía entre el médico y su paciente será reemplazada por lo que se dicte o señale en los "exámenes" de las especialidades médicas, generando de este modo una práctica médica cada vez más sintomática, es decir, procedimientos médicos más preocupados de los síntomas de las afecciones, y a través de estos buscar y explorar los posibles tratamientos de las enfermedades.

Por este motivo, y ya entrado la segunda mitad del siglo XX, la relación médico-paciente estará en función de esa disyuntiva, que será el factor de la puesta en duda de su praxis, y lo que traerá como consecuencia la irrupción de nuevas formas de abordar la práctica médica, que vaya más allá de lo que la medicina convencional hasta ese momento estaba entregando para el saneamiento de las enfermedades.

Aquellas irrupciones dicen relación con el surgimiento de nuevas prácticas médicas, como por ejemplo, la gran aceptación que ha tenido en occidente la medicina de corte "oriental", donde no sólo se da un giro en la práctica misma de la medicina, sino también se da un corte primordial a la relación médico-paciente. Aquí, ya la mirada occidental es reemplazada por la mirada "holística" en la búsqueda del saneamiento de las enfermedades.

Dentro de estas corrientes médicas que han emergido en occidente, es la que nace en la misma Latinoamérica, como la llamada medicina SINTERGETICA, que es el estudio de las enfermedades a partir del análisis de la energía de los cuerpos.

La metodología de esta corriente médica es la relacionada con el trabajo de lo más impersonal del ser humano, como es el alma. Según esta corriente alternativa el alma tiene una capacidad sanadora muy grande, y que el paciente tiene que descubrir en su proceso de acercamiento a su médico. A través de un trabajo muy cercano con el paciente, de escucharlo, de sentir sus emociones más profundas, se logra producir una regresión de los síntomas de las enfermedades. Aquí, la información parte del paciente mismo y no tanto de los exámenes o lo que el cuerpo físico puede decir, como es lo característico en la medicina Alópata. Así, procedimientos como medir el pulso (código binario del cuerpo) se pueden encontrar las diferencias y maneras de tratamiento de una enfermedad a través de lo que el médico le va preguntando al paciente, etc.

Pero, ¿qué relación se puede establecer entre las características que han asumido las evoluciones de las prácticas médicas y las formas de interacción comunicativa parciales y plenas afines a la interacción comunicativa?

En primer lugar, aquella dicotomía que se puede establecer entre la medicina Alópata y la medicina Holística, especialmente en lo relacionado a la asociación médico-paciente tan peculiar de las prácticas médicas, se puede encontrar nuevas aplicaciones prácticas a nuestras definiciones sobre las formas de interacción comunicativa.

Desde un punto de vista netamente teórico, la práctica médica Alópata encierra una serie de significaciones comunicativas, que condicionan la praxis del médico desde la formación en la disciplina.

Lo peculiar de la medicina Alópata es la búsqueda y tratamiento de las enfermedades a través de los síntomas de éstas. De alguna forma la práctica médica desde sus comienzos está condicionada por esta premisa, que se traduce en comportamientos médicos racionalmente perseguidos, y donde las interacciones comunicativas que luego se establecen con los pacientes se fundamentan tomando como base el tratamiento sintomatológico.

De esta manera, en la relación médico-paciente se van estableciendo formas de interacción donde los aspectos racionales en la búsqueda de esas patologías priman por sobre las consideraciones emotivas de los participantes del juego médico. Una prueba de esa racionalidad de las prácticas médicas es el hecho de averiguar de la sintomatología de alguna enfermedad a través de la realización de exámenes a los pacientes.

En este contexto, las consideraciones emocionales que se asocian a todo proceso de interacción comunicativa, se constituyen como un objetivo secundario durante la relación médico-paciente. De esta forma, las interacciones comunicativas que son afines a la práctica médica Alópata se constituyen probablemente como formas de interacción parciales, puesto que las consideraciones racionales de los actos priman por sobre las consideraciones emocionales de los mismos.

Por otro lado, si consideramos a las tan en boga medicinas Holísticas como prácticas médicas donde la búsqueda de tratamiento de las enfermedades va más allá de los síntomas de las mismas. La metodología de acercamiento “empático” de este tipo de medicina, lo multicausal de las afecciones, y el grado de acercamiento al paciente a través del estudio de sus emociones, constituyen a esta práctica médica como una herramienta poderosa de tratamiento de las enfermedades.

La postura del médico holístico se basa fundamentalmente en la comprensión de los contextos psicosociales y psicoambientales donde se sitúan los pacientes, otorgándole a la práctica médica una gama amplia de multidimensionalidad acerca del tratamiento de las afecciones, y que en dicha búsqueda las relaciones que se establecen entre el médico y el paciente se basan en la relación estrecha y mutua acerca del camino más apropiado para el tratamiento de las enfermedades.

Los anteriores aspectos juegan un papel primordial para el mejoramiento de las enfermedades. De esta manera, las interacciones comunicativas que se ciñen a este tipo de mirada médica, donde los aspectos racionales se conjugan abiertamente con los aspectos emocionales, logrando de esta forma por medio de las prácticas médicas una correcta síntesis entre ambos aspectos, lo que contribuye a que las interacciones comunicativas se definan como plenas.

En síntesis, las anteriores apreciaciones sobre las miradas médicas imperantes en el actual quehacer médico, se pueden resumir en el siguiente cuadro esquemático:

Mirada Médica	Formas de acercamiento A la enfermedad	Interacciones entre médico-paciente
Alópata	Tratamiento sintomatológico	Interacciones comunicativas parciales
Holística	Tratamiento Multidimensional	Interacciones comunicativas plenas

Finalmente, tendremos que advertir que si bien estas definiciones podrán presentarse como demasiadas gruesas, especialmente para aquellos lectores reacios a aceptar de buenas a primeras nuestras apreciaciones, los anteriores argumentos sobre el carácter que asumen en la actualidad las prácticas médicas, nos pueden orientar en las peculiaridades generales que se pueden encontrar en dichas prácticas. Creemos, que a través del análisis de los fenómenos a partir de sus aspectos extremos se pueden encontrar las dinámicas internas de los mismos, las regularidades que son propias de los fenómenos. Así, y siguiendo nuestro análisis, para cualquier observador agudo, las consideraciones sobre las prácticas médicas Alópata y Holística y sus posibles nexos con las defi-

niciones sobre interacciones comunicativas parciales y plenas, asumen en la práctica un conjunto de procedimientos que las características de una y otra, no implica que en cada una de ellas se encuentren elementos propios de las formas de interacción comunicativa estudiadas. Sólo que para un mejor tratamiento de los casos, hemos polarizado sus peculiaridades con la intención de esquematizar de una forma clara y sencilla, lo que a nuestro juicio, son los elementos constituyentes de su praxis.

6. Palabras al final del presente trabajo

En tiempos donde los ámbitos de conversación son escasos por el ritmo y aceleración de los contactos interpersonales heredados de la técnica, la cotidianidad de los sujetos necesita imperiosamente nuevas formas de interrelación comunicativa, más acabadas e integradas con la esencia de todo acto comunicativo, como es el orientar la conversación hacia el entendimiento.

La interacción comunicativa y sus formas más acabadas engloban los principios teóricos derivados de una Modernidad más reflexiva. En este proceso el sujeto cobra primordial importancia para definir el carácter que asumen las prácticas sociales y las rutinas heredadas del conocimiento práctico en los distintos campos sociales del saber. Esto, a nuestro juicio, es relevante y se diferencia notoriamente de los postulados de los “padres” del posmodernismo (y porque no decirlo del posestructuralismo), para los cuales una característica principal de la sociedad contemporánea, como es el “descentramiento del sujeto” implica necesariamente dejar de lado la subjetividad del actor social, y con ello, las posturas existenciales de la realidad social. Para estos teóricos (Foucault) la preocupación central estaba centrada en el estudio de las estructuras societales, más que en el rol protagónico de los actores sociales en la construcción de la sociedad.

Para la interacción comunicativa el actor es central, y los actos del habla que se manifiesta en los discursos o textos sociales van más allá de lo que estos dicen. Si bien es cierto que para la expresividad del habla las connotaciones internas de los textos interactivos son primordiales para contextualizar los significados socialmente legitimados, la preeminencia del actor social en los procesos de definición de los textos interactivos es de fundamental importancia para lograr entender los contextos sociales en que se basan las formas de interacción comunicativa.

Y lo anterior no es otra cosa, que la puesta en práctica de las bondades de la argumentación racional y emotiva de los textos en cuanto a su contenido manifiesto y latente, y donde las formas discursivas, las imágenes mediáticas, son sólo el reflejo de los contenidos, otorgándole a la comunicación entre los sujetos formas amplias en significación.

Aspectos que en definitiva nos acercan a la comprensión interpretativa de la realidad social, donde los sujetos logran interactuar de forma comprensiva acerca de los fenómenos que son relevantes en las prácticas sociales, y que se constituyen a través de los diferentes campos sociales del saber como magnitudes lingüísticas amplias en significación.

Los textos interactivos para la interacción comunicativa representan el reflejo fiel del actor y su pensamiento, que de una manera “amena” se integran al desarrollo de las disciplinas o actividades sociales teniendo como único obstáculo, la lógica que deben tener los enunciados comunicativos y el grado de pertinencia de los alcances de los mensajes emanados de los textos.

El entendimiento comunicativo es inherente a las formas de interacción comunicativa, puesto que los textos sin su correspondiente expresión racional y expresividad emotiva de los sujetos sería sólo un montón de palabras; serían acercamientos interesados a la realidad, pero no formas comunicativas integras y acordes al desarrollo de las relaciones humanas contemporáneas, y donde todos

los campos sociales a través de la conversación tienen derecho a participar, incluso los sectores marginados o que están al margen de lo establecido socialmente.

La interacción comunicativa y sus distintas formas contribuyen a que se pueda resolver los crecientes procesos de incertidumbre tan característicos de la sociedad moderna. Tal como lo plantea Zygmunt Bauman en su libro *“La sociedad individualizada”* por la presencia de la ambivalencia, ambigüedad, indecisión o vacilación de los comportamientos modernos, lo que ha llevado a un creciente divorcio entre razón y claridad (el autor lo considera como un proyecto fracasado).

El tránsito desde interacciones comunicativas simples como las parciales a interacciones comunicativas plenas o complejas, puede proporcionarnos las pistas necesarias para que aquella incertidumbre se encuadre en planos de interacción más funcionales a los actuales requerimientos de una modernidad que se nos presenta más incierta, y al mismo tiempo, más reflexiva.

La interacción comunicativa como heredera de una Modernidad más reflexiva le otorga al hombre contemporáneo la posibilidad de definir su entorno social sobre la base de acuerdos comunicativamente alcanzados, y donde la divergencia que presentan los sujetos al emitir sus discursos sea valorada básicamente por los alcances racionales y emotivos de los enfoques y la activa participación de los mismos en la generación de textos interactivos que tengan como horizonte final el entendimiento y la comprensión de los fenómenos sociales.

Bibliografía

- JÜRGEN HABERMAS: "El discurso de la modernidad", Editorial Taurus, Frankfurt, Alemania, 1990.
- JEAN-PAUL SARTRE: "Bosquejo para una teoría de las emociones", Alianza Editorial, Madrid, España, 1987.
- J.M. DELGADO y J. GUTIÉRREZ: "Métodos y técnicas cualitativas de investigación en las Ciencias Sociales", Editorial Síntesis. Madrid, España, 1998.
- MARIO VARGAS LLOSA: "La tentación de lo imposible", Editorial Alfaguara, Madrid, España, 2004.
- A. GARCÍA-PABLOS DE MOLINA: " Tratado de Criminología", Ediciones Tirant lo Blanch, Valencia, España, 1999.
- ERVING GOFFMAN: "Ritual de la interacción", Editorial Paidós, Barcelona, España, 1987.
- L-F. LYOTARD: "La condición posmoderna". Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1990.
- FOUCAULT M.: "Historia de la sexualidad" Tomo I, "la voluntad de saber", Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, México, 1991.
- A. GIDDENS: "La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración", Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1995.
- HUSSERL E. "Ideas", Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1949.
- C. M. BORRA: "La Grecia clásica". Ediciones culturales internacionales, Ciudad de México, México, 2005.
- Z. BAUMAN: " La sociedad individualizada", Editorial Cátedra, Madrid, España, 2001.
- NIKLAS LUHMANN: "Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia". Editorial Trota, Madrid, España, 1998.
- NIKLAS LUHMANN: "Complejidad y Modernidad: de la unidad a la diferencia", Ediciones Trota. Madrid, España, 1998.
- NIKLAS LUHMANN Y RAFFAELE DE GEORGI: "Teoría de la sociedad", Colección Laberinto de Cristal, México, 1993.
- DARÍO RODRÍGUEZ Y MARCELO ARNOLD: "Sociedad y Teoría de Sistemas", Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 2007.
- MAX WEBER: "Economía y Sociedad", Fondo de cultura Económica, Bogotá, Colombia, 1997.
- MICHEL FOUCAULT: "Nacimiento de la Clínica", Editorial Siglo XXI, México, 1991.

MICHEL FOUCAULT: "Vigilar y Castigar: el nacimiento de la prisión", Ediciones Siglo XXI, Madrid, España, 1997.

GEORG SIMMEL: "El individuo y la libertad: ensayos críticos a la cultura", Ediciones Península, Barcelona, España, 1986.

CLAUDIO VALDERRAMA C.: "Fenomenología de la Delincuencia", libro por publicar.

TALCOTT PARSONS: "Interacción: Interacción social": En enciclopedia de las Ciencias Sociales VI, Madrid, España, 1975.

H. MATURANA Y F. J. VARELA: " El árbol del conocimiento", Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1990.

PETER MCPHEE Y SILVIA FURIÓ: "La Revolución Francesa: 1789-1799". Editorial Crítica, Madrid, España, 2004.